

Febrero

Efemérides

El reloj de la Naturaleza por L. M. Arce

2013 SEMANA 6

VIERNES

8

Faltan 40 días para la primavera.

Santos: Jerónimo, Lucio, Ciriaco, Juan de Mata, Honorato y Cointa.

Sucedió en Asturias. 1851. Nace en Val-desoto (Siero) el religioso agustino y escritor José Rodríguez Cabeza. **1897.** Nace en Cancienes (Corvera) el religioso carmelita y escritor fray Eufasio del Niño Jesús. **1906.** Se estrena en el antiguo teatro Jovellanos de Gijón con gran éxito «La Peñuca», obra original de Pachín de Melás. **1922.** Fallece Francisco Bustamante, escritor y poeta, nacido en Vidiago. **1953.** Nace en Gijón Juan Cobos Fernández, impulsor en Asturias del vuelo en globo. **1968.** Bautizo de Felipe de Borbón y Grecia, Príncipe de Asturias, en el palacio de la Zarzuela.

Canción monocorde

Los sapos parteros comunes comienzan a cantar en estas fechas, al menos con continuidad, ya que en inviernos suaves su voz se puede escuchar durante toda la estación. El canto, nocturno, consiste en una nota única, aflautada y repetida, cuya frecuencia de vibración varía según los individuos.



Nacer en una cocina

Con Víctor Bango se va buena parte del alma de Gijón, ciudad que queda ahora desalmada, pues Vitorón era la encarnación completa del gijonesismo

Luis MEANA

Cayó un día 7, número pitagórico de la suerte, el viejo roble, uno de los más grandes y frondosos que ha visto Gijón/Asturias, que tardará mucho en volver a ver otro tan lucido y fuerte. Pero no cayó fulminado por el rayo, como el guión pedía, sino devorado por la roedora termita que carcomió su dura y preciosa madera, salida de Carreño. Como los grandes emperadores romanos, se apartó silenciosamente de la luz pública con la sabia discreción del viejo marinero que huele la última tormenta. Murió Víctor en un discreto silencio, estado que no era su compañía más frecuente, apartado del ruido público con esa coquetería, tan masculina, que, contra todo lo que aparenten las apariencias, siempre tenía. Murió como habrían muerto los héroes más cinematográficos de su época, John Wayne o Gary Cooper, sus trasuntos en el cine.

No sabe Gijón, en su amada inconsciencia, la gravedad de lo que le ha sucedido. Ni lo que le ha caído encima con esa densa nube negra que cubre su cabeza. No sabe este Gijón del alma lo que ha perdido. Ha perdido hoy lo que tanto canta: el alma. Una gran parte de su alma. Uno de los últimos trozos del viejo Gijón del alma. Porque eso era Víctor Bango, último reducto de la vieja alma de Gijón, que está ahora desalmada. Fue Víctor encarnación única y completa del más puro gijonesismo. Esencia —porque es una esencia— a la que no hay que confundir con el accidente o la circunstancia. Es decir, con ese barniz superficial de los «playos». No fue Víctor un «playo». Ni, en mi opinión, quiso serlo. Su intuición prodigiosa le indicó que eso era estraperlo. Fue Víctor máxima concentración de nuestro espíritu. Un espíritu hecho de heterogeneidades: sarcasmo, distancia, gracia, intensidad, escepticismo, vehemencia, narración, exageración, sinceridad, desconcierto, incontinencia, anarquía y emotividad. Frente a eso, el «playo» es sólo una mueca folclórica. Una cosa de zarzuela. Lo que a Madrid es el chulapo. Ser gijonés es una cosa mucho más rotunda y seria. Es una esencia, no una apariencia. Fue Víctor precisamente la última gran representación que de esa alma eterna y antigua quedaba. Su parte más íntima e interna. En él vivía y revivía cada día Gijón. Y con él muere un trozo importantísimo de Gijón. Veremos si esa alma se reencarna en alguien algún día.

Creyó Víctor, por pasión de amigo, y por ser a tantos efectos albacea no nombrado de García, que Garciona —de quien sabía todas las anécdotas e historias, las conocidas

y las desconocidas, las contables y las incontables, las que están en los libros y las que no aparecen en ningún libro— era el fiel espíritu de Gijón. Pero le cegó la pasión de amigo. Como explicaron muy bien los clásicos, la ocurrencia, el dicho, el relámpago de la lengua es un don del ingenio. Pero el ingenio es una facultad de la mente. No del alma. García fue el gran ingenio popular de Gijón. Probablemente, el más grande que haya existido. Y por eso Víctor, su secundario, lo idolatraba a su manera. Pero no fue la expresión del alma de Gijón. Esa alma no estaba en García, como pensaba Víctor, estaba en él mismo, aunque no lo sabía. Y eso es lo que lo hizo único, y lo que le vuelve inimitable. Eso es lo que hoy entregamos a la tumba.

No fue Víctor un «playo», ni quiso serlo porque su intuición le indicó que eso era estraperlo

Por supuesto, ni un premio, ni una mala condecoración, ni un minúsculo título de hijo querido ni nada. Para vergüenza de Gijón, por lo demás muy propia, la misma vergüenza que regala alamedas. Es lo que tiene ser anárquico por parte de padre y por parte propia. Que es lo que, como él mismo decía, era: anarquista de derechas. Una cosa, por cierto, muy gijonesa. Que quiere decir ir por el campo —o sea, por la vida— al propio son. Al propio albedrío. Que es lo que hizo siempre Víctor. Ser libre. Pero, paradójicamente, en esta ciudad supuestamente tan liberal y crítica, la libertad gusta muy poco. Y entonces pasa lo que pasa: que no te meten en el santoral, aunque seas santo. Es lo que tiene Gijón: una siempre difícil relación con su propia historia. Niega y reniega de las mejores manifestaciones, y se encampana y se atiborra de sus nadas más favoritas e ineptas. Le gusta mucho a Gijón, y le gusta cada vez con más fruición, la ceguera de las apariencias, y la tonta hoguera de las vanidades. En su pecado estamos pagando la penitencia.

Lo que quieran. Habrá tenido Gijón muchos obispos y muchos arzobispos del gijonesismo. Y habrán hecho muy bien en ensalzarlos y promocionarlos y en darles calles, plazas o alamedas. En esa furia, ha encumbrado Gijón a mucho falsario, y ha vestido a mucho golfo de



Víctor Bango, en una pescadería del Mercado del Sur de Gijón, adonde iba cada día.

santo. Pero para que nadie se engañe, ni olvide: Papa, lo que se dice Papa del gijonesismo, no ha habido más que uno. Y ése se llamaba, y se llama por los siglos de los siglos, Víctor Bango, Vitorón. Nacido en una cocina. Que es un trozo de mar libre puesta en tierra seca. Un sitio hecho de aroma a fabada, sabor a pedrero, tiñosu, muchos oricios, patatas fritas, huevos de aldea, salsa pil-pollo, sardinas a la vixigona y otras muchas esencias. Quien nace en un sitio como ese, ya nunca confunde la verdad con la mentira, ni la realidad con la apariencia. Sabe en qué consiste cocinar y en qué consiste vivir de verdad. Y lo demás, cuentos. Y por ahí es por donde van las cosas. Que en este Gijón del alma se puede ser todo, menos anarquista de derechas. Porque enton-

ces no te toca la lotto. Bueno, a cambio te toca la gloria. La gloria de la inmensa minoría de Juan Ramón Jiménez. Te toca ser Papa, que, por muy devaluado que esté, es como ser todo. Y no conviene que ningún viejo ni joven olvide esa lección de vida: no enterramos hoy a un hombre cualquiera, ni a un gijonés más, de los muchos que nos han acompañado o precedido. Enterramos a un Papa. Al gran Papa del alma de Gijón, y la memoria de su obra.

Se cierra así una vida a todos los efectos cinematográfica. Tuvo en esta vida muchos papeles. Y los desarrolló todos con arte y solvencia. Hizo Víctor Bango una hazaña importante: convertirse en creador. Y creadores hay muy pocos, aunque según los periódicos haya tantos. Creó una obra de arte. Que no

será como las obras de Miguel Ángel. Pero es una obra de arte culinario: Casa Víctor. Diga Michelin, que es una cosa de ruedas y un papanatismo rodante, y otros críticos, gijoneses y no, lo que quieran. Por si sirve de algo, que lean lo que dice de la cocina y de los cocineros a la francesa el gran Cioran. Que, a lo mejor, les despierta. Creó Víctor, de la nada, de un chigre, una obra magnífica. Nacida no de la vanidad, ni del afán de dinero ni siquiera del afán de la gloria. Nacida del amor y de la pasión, que es del pozo del que salen esas cosas. Del amor a su padre, que consistió en levantar un restaurante que sirviese de monumento a lo que ese padre soñó y merecía. Y eso lo hizo un joven en el que ni padre ni madre creían del todo. A esa obra entregó su vida y logró lo que, de aquel joven algo tarabana, nadie esperaba.

Con esa obra, modestamente grande, se va de este mundo Vitorín, el hijo de Vitorón. En el silencio solitario de los emperadores grandes. Llevándose buena parte de la esencia de Gijón que guardaba en las marmitas de la cocina en la que había nacido. Le pediremos y le rezaremos para que nos devuelva esa esencia tan querida. Y nos la devolverá porque, en su rudo estilo, siempre fue un alma noble. Deja ese monumento al placer y al saber de la cocina. Y dos herederos: Lolo, el maestro, y Alfonso, el maître fiel. Y deja este ateo creyente una comunidad comparable a las de las Cartas de San Pablo: la comunidad victorina. Que está hecha de clientes fieles, muchos anónimos, algún recalcitrante, cazadores y perros de la mejor raza, los Vitorones, y muchos amigos esparcidos por el mundo entero, que han pasado en su casa horas gloriosas entre sabores y narraciones mágicas. Deja también dos hijas, a las que quería por encima de todo en este mundo, incluso por encima de Casa Víctor. A ellas dos, que llevan el orgullo de esa sangre tan anárquica y bendita, transmitirles que somos muchos los que sentiremos profundamente su ausencia.

Y a él, que estará ya en el cielo contando historias de su vida y aldea, recitarle un hermoso pasaje de un gran poeta alemán que escribió esto: «Quien vive en la memoria de los suyos, no está muerto, está sólo lejano. Muerto está únicamente quien es olvidado». Y de nuestro querido Víctor se podrán decir muchas cosas. Buenas y malas. Pero hay una de la que ni siquiera sus peores detractores podrán acusarle nunca: de ser fácil de olvidar. Porque, en su esencia de gijonés del alma, está y estaba una propiedad indiscutible: ser inolvidable. Y, por eso mismo, nunca le olvidaremos.